

El insólito caso de

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA,

Del subsuelo de nuestro Zócalo capitalino se han exhumado algunos de los más insignes monumentos de la civilización mexicana. Todos recordamos la Coatlicue y las piedras del Sol, de Tízoc, de los Soles Cosmogónicos y de los Guerreros. Hay quienes suponen, sin embargo, que aún falta por recuperar una enigmática escultura que ha sido denominada desde la primera mitad del siglo XIX como la “Piedra Gladiatoria”, la “Piedra Policroma” o la “Piedra Pintada”.



DIGITALIZACIÓN: RAICES

1. “Piedra gladiatoria”. Grabado a línea de Butler, publicado por Brantz Mayer en su *Mexico as it was and as it is*, p. 123.

la “Piedra Pintada”

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

a Miguel León-Portilla

EL ORIGEN DE UNA LEYENDA

La desconcertante historia de la “Piedra Pintada” comienza el ya lejano 8 de noviembre de 1841, cuando Brantz Mayer arribó a nuestro país en calidad de secretario de la Legación de los Estados Unidos. Durante su estancia de apenas 12 meses, este norteamericano oriundo de Baltimore se aficionó a las expresiones materiales de las sociedades prehispánicas, lo que lo llevó a trabar una buena amistad con Isidro Rafael Gondra, quien fuera el conservador del Museo Nacional de 1835 a 1852. En alguno de sus múltiples encuentros, según narra el propio Mayer en *Mexico as it was and as it is*, Gondra le platicó acerca de una escultura de grandes proporciones que aún permanecía sepultada en la Plaza Mayor, “por falta de la suma irrisoria que se necesitaría para desenterrarla de nuevo y ponerla en el Museo”. A decir de don Isidro, se trataría de una “Piedra Gladiatoria” o *temalácatl*, es decir, de la brevísima palestra cilíndrica sobre la cual luchaba el cautivo mal armado contra los guerreros sacrificadores mexicas durante el ritual de “rayamiento” o “sacrificio gladiatorio” dedicado a Xipe Tótec. Gondra le comentó, además, que dicha escultura se encontraba originalmente al pie del Templo Mayor, justo en frente de la “Piedra Sacrificial”, refiriéndose con ello a la Piedra de Tízoc. Como es bien sabido, esta última cumplía la función de *cuanhxicalli*, recipiente cilíndrico que en el “rayamien-



2. “Relieve en la piedra de los gladiadores”. Litografía de Hipólito Salazar, publicada por Vicente García Torres en su edición de la *Historia de la conquista de Méjico* de W.H. Prescott, vol. 1, entre pp. 84 y 85.

to” recibía el cuerpo del guerrero herido para la extracción del corazón y la subsecuente ofrenda de sangre al Sol y a la Tierra.

Con respecto a las características físicas de la escultura abandonada en el subsuelo, Mayer (1844, pp. 123-124) expresa en su libro:

Hace algunos años, mientras se hacían en la plaza ciertas reparaciones, hallóse este monumento a poca distancia de la superficie. El Sr. Gondra puso empeño en que la sacasen de allí; pero el Gobierno se negó a cubrir los gastos; y como, según él me cuenta, las dimensiones de la piedra son exactamente iguales a las de la Piedra Sacrificial [265 x 94 cm], a saber, nueve pies por tres [equivalentes a 274 x 91 cm], no se atrevió a emprender la remoción por cuenta propia. Pero, deseoso de conservar en lo posible el recuerdo de los tallados que la cubren, sobre todo teniendo en cuenta que dichos relieves están pintados de amarillo, rojo, verde, carmín y negro, y que los colo-

res todavía se conservan completamente frescos, hizo un dibujo del cual es facsímil el croquis que va en esta obra.

En efecto, este pasaje de *Mexico as it was and as it is* se ilustra con un sencillo grabado que se intitula “Gladiatorial stone” (fig. 1), el cual nos muestra dentro de un círculo de puntos lo que Mayer interpretó como un par de guerreros bien armados y a punto de enfrentarse. Tal imagen, transmitida por el mismísimo Gondra, sembró dudas en Mayer, pues éste decía saber por documentos históricos que la cara superior del *temalácatl* siempre era lisa —lo cual es incorrecto— y que estaba dotada de una perforación donde se ataba la cuerda para sujetar al cautivo.

Lo más interesante del episodio es que Gondra, no quedando satisfecho con regalar un dibujo del monumento olvidado a su amigo extranjero, le confió otra copia al editor Vicente García Torres con la petición de que la incluyera en la primera versión en español de la *Historia de*

la conquista de Méjico de William H. Prescott. Al principio de esta edición mexicana, traducida por José María González de la Vega y anotada por Lucas Alamán, García Torres (1844, I, VI) nos lo confirma: “Se han agregado muchas [láminas] á las que puso el Sr. Prescott, cuyos originales me ha franqueado el Sr. D. Isidro Gondra, encargado del museo na-

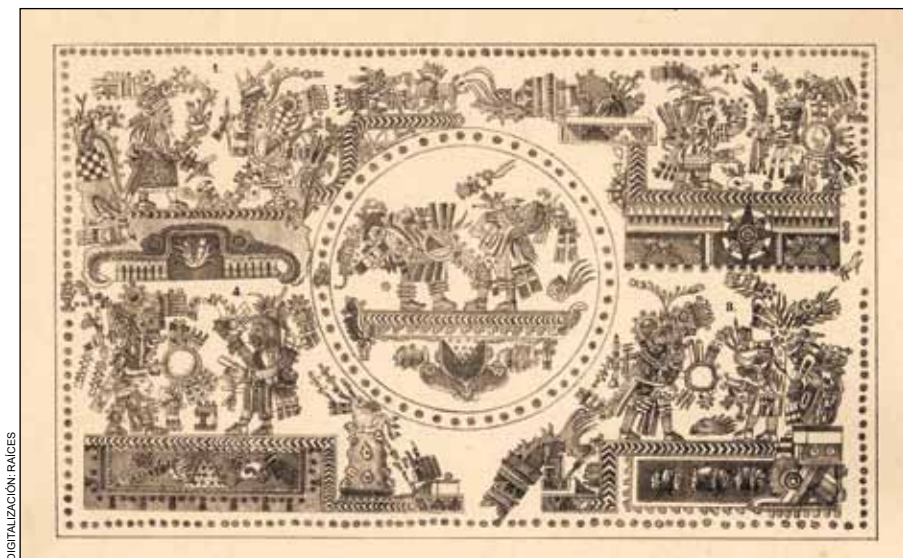
cional, quien ha tenido la bondad de cuidar de la exactitud de los grabados litográficos que han sido hechos por D. Hipólito Salazar, artista ventajosamente conocido en este ramo”.

La imagen a la que nos referimos fue intitulada “Relieve en la piedra de los gladiadores” (fig. 2). Ésta, de manera sorprendente, no se reduce al círculo con

los dos personajes que Mayer dio a conocer en los Estados Unidos en 1844: se trata, por el contrario, de una composición rectangular mucho más compleja que muestra, en torno a la supuesta pareja de guerreros, cuatro escenas similares dispuestas en quincunce.

LAS REPERCUSIONES

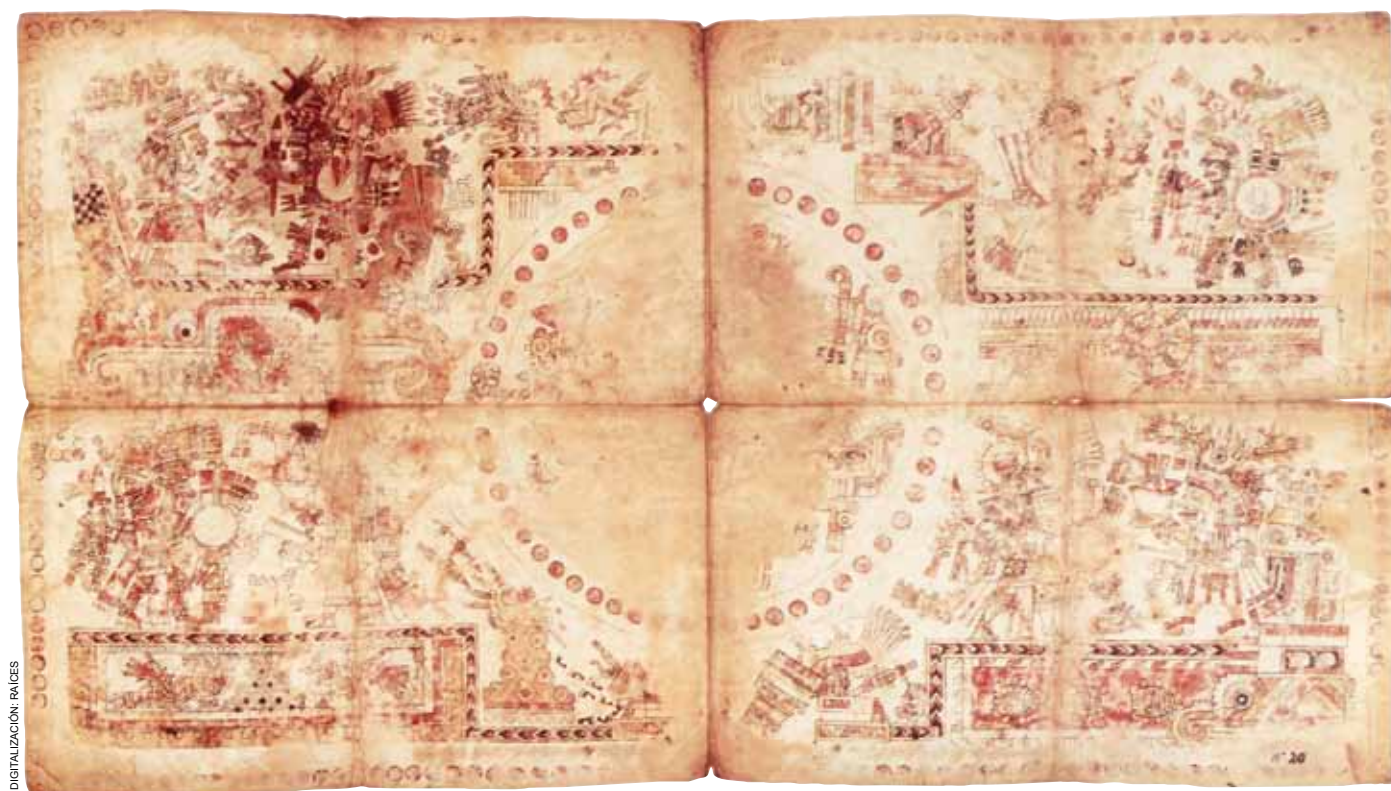
Como era de suponerse, ambas imágenes –la parcial circular y la completa rectangular– provocaron la curiosidad y suscitaron la especulación entre los lectores de estas dos populares obras de vulgarización histórica acerca de nuestro país. Por ejemplo, Alfredo Chavero (1876, p. 40) opinó en su libro *Calendario Azteca: ensayo arqueológico*, que el relieve tallado en el monumento no era de ninguna manera la figuración de una lucha gladiatoria, sino la de un acto demiúrgico: “la dualidad *Ometecutli* creando al *Cipactli*. El dios tiene su tocado distintivo, y alza la cabeza al cielo, en donde brota la luz primera”. Años después, el ilustre abogado, dramaturgo e historiador volvió a publicar ese mismo ensayo en los *Anales del Museo Nacional de México*, pero incluyendo en esta ocasión una litografía del relieve completo (Chavero, 1882, entre pp. 232 y 233; fig. 3). Luego, en su apéndice a la *Historia...* de fray Diego Durán, simplemente calificó a la piedra como un *cuanhxicalli* (Chavero en Durán, 1880, 2, pp. 134, 137). Su reflexión más profunda, no obstante, aparecería en la celebrada “Historia antigua y de la conquista” (Chavero, 1888, 788, imagen entre pp. 748 y 749). Adjuntó en ella una tipolitografía de gran formato, con el relieve a colores y en una muy curiosa proyección isométrica (fig. 4), dando a entender que lo que él ahora llamaba la “Piedra Policroma del Sacrificio Gladiatorio” era una lápida cuadrangular y no un cilindro. En el texto alusivo destaca el gran peso del monumento, su “figura cuadrada” de “unos tres metros de largo” y su rico colorido. Explica, además, que el círculo central del relieve resume el siglo de 52 años que comienza en 1 conejo, al tiempo que encierra el día 1 cocodrilo (primero del siglo) y dos personajes que aluden en conjunción a *Ometecutli*, señor de la dualidad. Fuera del



3. “Piedra del sacrificio gladiatorio”. Litografía publicada por Alfredo Chavero en los *Anales del Museo Nacional de México*, t. II, entre pp. 232 y 233.



4. “Parte superior de la piedra policroma del sacrificio gladiatorio”. Tipolitografía a color de R. Cantó, publicada por Alfredo Chavero en su “Historia antigua y de la conquista”, entre pp. 748 y 749.



DIGITALIZACIÓN: RAICES

5. *Manuscrito Aubin n. 20*. Fonds mexicain 20, Biblioteca Nacional de Francia.

círculo, nos dice Chavero, hay cuatro escenas con deidades a las que identifica puntualmente y fechas siempre relacionadas con las festividades al Sol. Y concluye que los 208 puntos que forman el marco rectangular deben sumarse a los 52 del marco circular para alcanzar el total de días del calendario adivinatorio.

Manuel Orozco y Berra (1880, 1, pp. 166-168) también se incorporó al debate en su *Historia antigua y de la conquista de México*. Allí intentó sin éxito resolver la ostensible contradicción entre un monolito que se describía como cilíndrico y un relieve rectangular que enmarca un patrón de escenas en quincunce. Para ello aduce en forma oscura que la litografía publicada por García Torres corresponde a un “dibujo entero de los relieves, así de la cara superior como de la superficie convexa”. En otro pasaje de su monumental obra, Orozco y Berra (1880, 3, pp. 348-349, nota 3) vuelve al asunto para coincidir con Mayer en que el monolito no puede ser identificado como un *temalácatl*. Teniendo en mente pasajes históricos

consignados por Durán y Hernando Alvarado Tezozómoc, el historiador propone que hacía las veces de *cuanhxicalli* y que data quizás del reinado de Axayácatl. Señala asimismo que, ciertamente, los personajes centrales no representan guerreros en combate, sino divinidades—entre ellas Huitzilopochtli—acompañadas de animales fantásticos y signos calendáricos propios “de un monumento religioso destinado a los dioses, con leyendas relativas al culto”. Vale decir que esta interpretación general sería luego repetida por Gumesindo Mendoza y Jesús Sánchez (1882, p. 468) en el “Catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México”.

Otro buen exponente del debate es Antonio Peñafiel (1910, lám. 103), quien reprodujo un dibujo completo de la “Piedra polícroma” o “Monumento funerario de Gondra” en su libro sobre la *Destrucción del Templo Mayor del México antiguo*. Inspirado por Chavero, el médico e historiador niega en la explicación correspondiente que ésta sea “la gladiato-

ria” por no tener forma cilíndrica ni perforación en medio. Concluye notando que “hay deidades en los ángulos de la piedra, con los atributos de la muerte; es muy probable que el monumento sea votivo y ritual de Mictlantecuhtli...”

Obviamente, la noticia del hallazgo de la “Piedra Gladiatoria” también se difundió más allá de nuestras fronteras por medio de la obra de conocidos mexicanistas. Por ejemplo, el antropólogo norteamericano Hubert H. Bancroft (1883, 4, pp. 515-516) publicó en San Francisco el texto y la imagen de Mayer, y el marchante francés Eugène Boban (1891, 1, p. 331) acriticamente dio fe de la existencia de la piedra y la consideró un *cuanhxicalli*.

Recapitulando, podemos señalar en pocas palabras que durante el siglo XIX nuestros sabios más insignes y algunos extranjeros de renombre se dieron a la tarea de examinar las imágenes del monolito, discutiendo si éste fungía como *temalácatl* o como *cuanhxicalli*, si era cilíndrico o cuadrangular, y si figuraba en sus relieves guerreros o deidades del panteón mexica...

UN CÓDICE CONVERTIDO EN PIEDRA

Hasta ahora nada parecería sospechoso en la historia que venimos contando. Sin embargo, surgen toda suerte de dudas cuando advertimos —como varios lo hicieron desde finales del siglo XIX— que las dos imágenes distribuidas por Gondra reproducen el mismísimo *Manuscrito Aubin n. 20* (fig. 5). Éste, hoy lo sabemos, es

una pictografía prehispánica de contenido ritual-calendárico que fue elaborada en la Mixteca Alta con una piel de venado de 51 x 91 cm.

Junto a centenares de documentos de la antigüedad mexicana, el *Manuscrito Aubin n. 20* formó parte del “Museo Histórico Indiano” de Lorenzo Boturini Benaducci, quien lo colectó en un lugar ignoto de la Nueva España entre 1736 y 1743. Así lo atestigua la siguiente descripción

del infortunado caballero milanés (Boturini, 1746: 72):

Asimismo se reduce a esta clase otro Mapa, que tengo en una piel curada, con un círculo en el medio de quantas coloradas, que forman los números de quatro Triadecatéridas, acompañadas de una cabeza de Conejo y se ven en los quatro ángulos de este Mapa diferentes figuras de ídolos muy feos, que eran como Guardas, y Custodios del Cyclo, a los quales, assi en el ingreso de él, como á su salida, se hacían grandes Fiestas que se especificarán en la Historia General.

Pero cuando el célebre “Museo” le fue confiscado a Boturini por motivos políticos, el *Manuscrito Aubin n. 20* y los demás tesoros que lo integraban sufrieron un devenir azaroso, pasando por diversas manos y dispersándose irremisiblemente. Sabemos que fueron almacenados por algún tiempo en los archivos del Palacio Real, así como en otros repositorios de la ciudad de México. Más tarde, una parte fue adquirida por Antonio de León y Gama, la cual sería dividida entre sus hijos y su albacea, el padre José Pichardo, al fallecer el astrónomo y anticuario.

Años después, el francés Joseph Marius Alexis Aubin (2002, p. 10) se propuso “reunir estas piezas y reconstruir en la medida de lo posible, sea con los originales, sea con las copias, la colección de Boturini”. Lo hizo de manera discreta durante la década que residió en México a partir del año 1830. Compró paulatinamente los acervos de Mariano Veytia, Pichardo y “parte de los manuscritos y de las pinturas provenientes sucesivamente de los hijos de Gama...” (Aubin, 2002, p. 9). Al final de su estancia, Aubin llevó los documentos a París y, pese a su importancia, pocos los pudieron admirar hasta 1889, año en que el también coleccionista Eugène Goupil los compró. A la muerte de éste, su viuda los legó a la Biblioteca Nacional de Francia, lugar en el que se conservan actualmente en la sección de manuscritos orientales (Boban, 1891, I, pp. 329-352; Glass, 1964, pp. 51-52; 1975, pp. 90-91). Vale agregar que en la mencionada biblioteca también se resguarda una copia del *Manuscrito Aubin n.*



6. *Manuscrito Aubin n. 20*. Copia de Antonio de León y Gama. Fonds mexicain 21, Biblioteca Nacional de Francia.



7. *Manuscrito Aubin n. 20*. Copia de José Pichardo. Fonds mexicain 88-4, Biblioteca Nacional de Francia.

20 elaborada por León y Gama (Fonds mexicain 21) (fig. 6) y otra más hecha por el padre Pichardo (Fonds mexicain 88-4) (fig. 7). A ellas se suma otra copia, también atribuida a León y Gama, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (BNAH, 35-12) por lo menos desde 1882.

Por razones obvias, no nos detendremos aquí a reseñar la larga cadena de esfuerzos para desentrañar el significado del *Manuscrito Aubin n. 20*. Contentémonos con traer a la memoria la interpretación pionera de Boturini y, tras la suya, las de Boban, Jesús Galindo y Villa, Walter Lehmann, Alfonso Caso, Karl Anton Nowotny, Ronald Spores, Gordon Brotherston, Maarten Jansen y Martine Simonin.

En el espacio que nos resta, nos preocupa más intentar desenredar un poco esta embrollada historia. Para ello es verdaderamente revelador que el *Manuscrito Aubin n. 20* haya sido confeccionado en tiempos prehispánicos, tal y como acuerdan los expertos. Ante este hecho crucial, Caso (1969, p. 35) sugirió un malentendido por parte del legatario norteamericano, cuando recibió el dibujo de la supuesta piedra de manos de Gondra: “No se quién cometió primero el error, si fue Gondra, lo que parece poco probable, o Brantz Mayer que confundió las noticias proporcionadas por Gondra, quien pudo haberle entregado el dibujo como algo semejante a lo que él vió o creyó ver en la piedra”.

Admitiendo que Caso tuviera la razón, pudiéramos especular que Gondra presenció el momento en que se encontró en el Zócalo un monolito cilíndrico similar a las piedras de Tízoc y del antiguo Arzobispado, utilizadas originalmente en el “rayamiento” o sacrificio gladiatorio (López Austin y López Luján, 2010; Matos y López Luján, 2012). Ambas, sin importar su función específica de *temalácatl* o *cuanabxicalli*, tienen esculpida la representación convencional del Sol en su cara superior y, en la lateral, la repetición de una escena básica conformada por un guerrero mexica divinizado sometiendo al enemigo, cuyo señorío está particularizado con un topónimo. Tal escena, debemos recono-

cerlo, evoca hasta cierto punto las cinco parejas del *Manuscrito Aubin n. 20*.

Sin embargo, aún si asumiéramos una distracción o un pobre manejo del español por parte de Mayer, esto sería insuficiente para concordar con la idea de Caso. Recordemos que Gondra también le franqueó al editor García Torres el dibujo completo del *Manuscrito Aubin n. 20*, acompañado del inequívoco pie que lo identifica como el “Relieve en la piedra de los gladiadores”. Así las cosas, la hipótesis de una eventual incompreensión se desvanece.

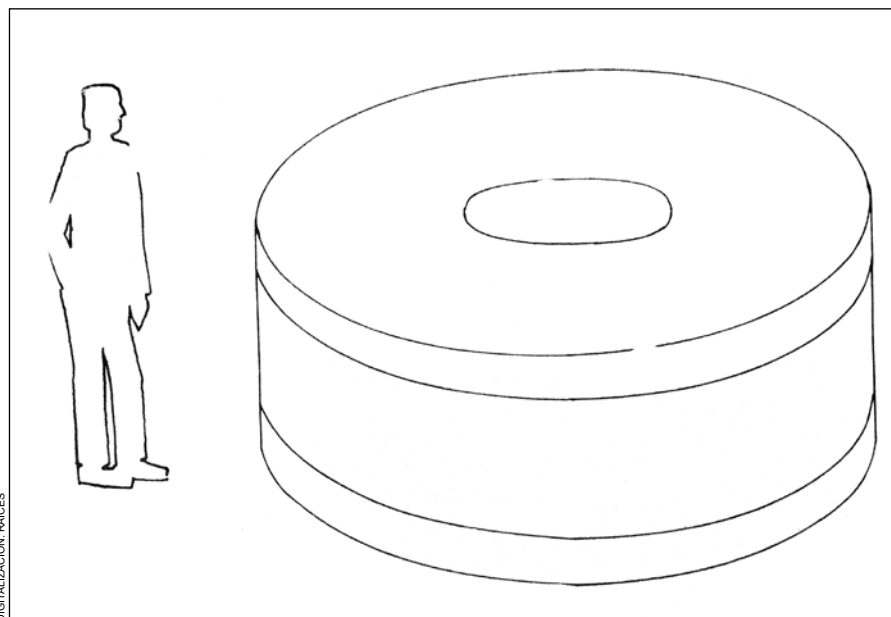
Lehmann (1966, p. 150), por su parte, también intentó formular una respuesta lógica al misterio. En su caso, fue más severa, pues propuso un acto de mala fe de parte del conservador del Museo Nacional: “Seguramente se trata de un mal entendido o de una mistificación por parte de Gondra, que quizá albergara la ambición de emular a León y Gama, en cuya época (Junio 1790) [*sic pro* agosto y diciembre] se hallaron efectivamente en la Plaza Mayor, dos piedras bellamente esculpidas, y cuya interpretación le valió escribir una obra de valor duradero”.

El lector coincidirá con nosotros en que la hipótesis de Lehmann, aunque sugerente, es difícil de verificar...

EN BUSCA DE LA PIEDRA PERDIDA

Y, si existiera en realidad la “Piedra Pintada”, ¿dónde se hallaría exactamente? Gondra, hemos visto, se limitó a decir que “mientras se hacían en la plaza ciertas reparaciones, hallóse este monumento a poca distancia de la superficie” (Mayer, 1844, p. 123). Décadas después, Chavero (1876, p. 40) afirmó en una de sus publicaciones que estaba “frente al Palacio Nacional” y en otra más tardía que se hallaba específicamente “frente a la puerta norte de Palacio” (Chavero, 1888, p. 693). Lamentablemente, desconocemos las evidencias que sustentaban su dicho. Cualesquiera que hayan sido, lo cierto es que la publicación de Mayer, la de Prescott, la primera de Chavero o quizás todas juntas incitaron en 1877 a Vicente Riva Palacio, por entonces Ministro de Fomento, a “practicar diversas excavaciones en la plaza, en busca del monumento importante, aunque por desgracia han salido infructuosas” (Orozco y Berrea, 1880, 3, p. 349, nota 3).

El tiempo transcurrió y poco a poco surgieron las voces que clamaban la búsqueda del monolito, entre ellas la de Peña-fiel, partidario de la realización de “sondeos”. A fines de los años treinta, Caso



8. Dibujo hipotético de la “Piedra Pintada”. Propuesta de Alfonso Caso, “La legendaria ‘Piedra Pintada’, regio monumento prehispánico puede ser rescatado ahora, al abrirse ruta del ‘metro’”, en *Nuestra Gente*, núm. 33, 1 de marzo de 1969, p. 36.

(1939) fue mucho más vehemente al dar a conocer una propuesta concreta de excavación en la edición dominical de *El Nacional*, la cual volvió a aparecer tres décadas después en una versión ampliada que difundió la revista *Nuestra Gente* (Caso, 1969). El ilustre arqueólogo afirma ahí saber “con bastante exactitud el lugar en que se encuentra...” (Caso, 1969, p. 30). Él —y quizás también Chavero— quiso ver en una de las numerosas obras de reubicación de la hermosa Cruz de Mañozca aquellas “reparaciones” aludidas por Mayer.

Aclaremos al calce que esta cruz de grandes proporciones fue trasladada de Tepeapulco a la Catedral metropolitana en 1648 por órdenes del arzobispo Mañozca y que se erigió primeramente frente a la Puerta del Perdón. En marzo de 1803, como consecuencia de la demolición del muro perimetral del cementerio y con el fin de delimitar la propiedad eclesiástica, la cruz fue movida al ángulo sureste del atrio y colocada sobre un pedestal diseñado por Manuel Tolsá (Marroqui, 1903, 3, pp. 234-238, 276-277). Allí permaneció hasta 1881, año en que la cruz y el lindero fueron desplazados unos me-

tros hacia el norte (Marroqui, 1903, 3, pp. 279-281). A este respecto, el arquitecto e ingeniero Manuel F. Álvarez publicó un plano donde se aprecian las tres posiciones sucesivas de la Cruz de Mañozca (Álvarez, 1916, p. 8; Matos, 1979, p. 19).

Volviendo a la propuesta de Caso (1969: 36), éste nos comenta:

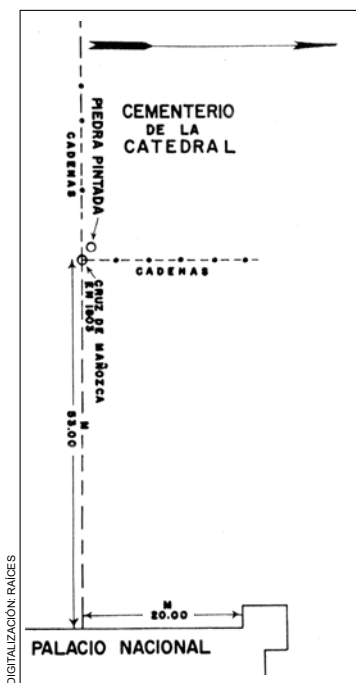
Parece que al hacer las excavaciones para cimentar el pedestal de la cruz, apareció la Piedra Pintada y que desde entonces se conservó el recuerdo de este monumento... Para localizar la Piedra Pintada es menester, en consecuencia determinar el sitio de la Cruz de Mañozca en 1803. Como la cerca venía a quedar 14 varas al norte de la barda que existió hasta 1791, según Marroqui, la Cruz debió quedar también 14 varas al norte de la barda.

Con base en tal razonamiento, Caso (1969, p. 37) elaboró un plano de ubicación del monolito (figs. 8 y 9) y planteó que en esas coordenadas se practicara un pozo de cuatro metros cuadrados (véase también Mateos Higuera, 1979, pp. 224, 274). Confiado, Caso concluye en su tex-

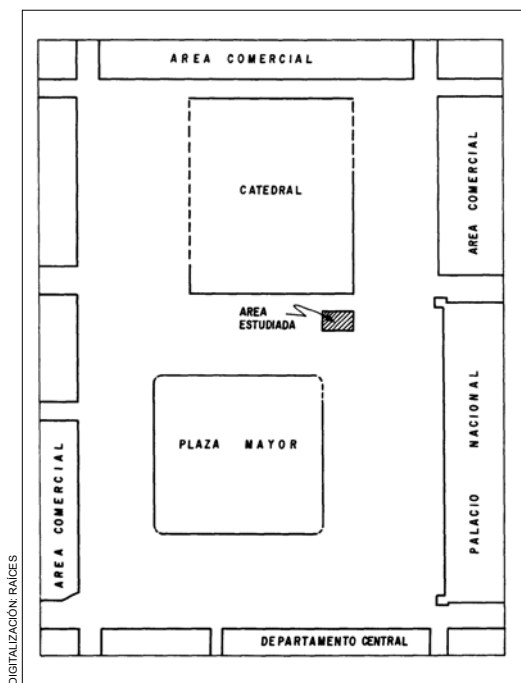
to: “Creo que con los anteriores datos se puede emprender la búsqueda de la Piedra Pintada con grandes probabilidades de éxito, y creo que si se encuentra, se verá que sus relieves son bastante diferentes del Códice número 20 de la Colección Aubin...” A nuestro juicio, hay un solo detalle que don Alfonso pasó por alto: Isidro Gondra nació en 1788, por lo que tendría unos 14 o 15 años de edad cuando la Cruz de Mañozca fue cambiada de lugar. Así las cosas, parecería poco creíble que un chamaco de tan temprana edad, por más precoz que fuera, anduviera por ese lugar midiendo monolitos y solicitando apoyos oficiales para su recuperación.

Pero el hecho significativo es que tanto el peso académico de Caso como el aplomo con que formuló su propuesta reavivaron los bríos para exhumar la “Piedra Pintada”. En noviembre de 1969, justo antes del inicio en el Zócalo de las obras del Sistema de Transporte Colectivo (Metro), Luis del Castillo y Jaime Urrutia de la UNAM emprendieron una prospección geofísica en el área que había ocupado la Cruz de Mañozca entre 1803 y 1881. Este trabajo pionero en nuestra ciudad consistió en la realización de perfiles magnetométricos y gravimétricos, además de un estudio de refracción sísmica en una superficie de 10 x 7 m (fig. 10). Con los valores obtenidos y tras una profunda argumentación teórica, del Castillo y Urrutia elaboraron un plano donde marcaron las anomalías más promisorias. Allí se hicieron excavaciones, supervisadas por el arqueólogo José Luis Lorenzo, y se encontraron rocas volcánicas cuya forma y dimensiones estaban de acuerdo con el análisis geofísico; ninguna de ellas, empero, era el anhelado monolito. Agreguemos a lo anterior que las anchas trincheras que después se abrieron en el Zócalo de norte a sur para introducir la línea 2 y la fallida línea 8 del Metro tampoco desembocaron en algún descubrimiento de esta naturaleza.

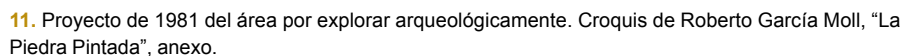
Los capítulos más recientes de nuestra historia se escriben en la década de los ochenta. En 1981, Roberto García Moll sometió a las autoridades del INAH un proyecto que nunca logró concretarse. En ese documento inédito, el arqueólogo poblano asegura que “positivamente el monumento existe...” y proyecta la exploración



9. Probable ubicación del sitio en que se encuentra enterrada la “Piedra Pintada”. Plano de Alfonso Caso, en “La leyendaria ‘Piedra Pintada’...”, p. 35.



10. Área donde se realizaron estudios magnetométricos, gravimétricos y de refracción sísmica en 1969. Croquis de Luis del Castillo y Jaime Urrutia, *Microgeofísica en arqueología e ingeniería civil*, fig. 2.



REFLEXIÓN FINAL

1. Aún persiste la creencia de que Isidro Gandra vio en el Zócalo un monolito cilíndrico del que nunca precisó la ubicación. La insuficiencia de datos y las evidencias contradictorias en torno a este acontecimiento han hecho suponer a más de uno que se trata de una invención de este personaje tan mal conocido.

2. Las dos imágenes que difundió Gonda fueron elaboradas a partir del *Manuscrito Aubin n. 20* o de alguna de sus copias novohispanas, por lo que no es creíble que reprodujeran los relieves del monolito.

3. Hasta ahora, los intentos para localizar el monolito han sido infructuosos.

4. La Cruz de Mañozca no parece ser un referente confiable para emprender la búsqueda. En todo caso, sería deseable identificar las obras que se llevaron a cabo en el Zócalo entre 1835 y 1842, es decir, entre la designación de Gondra como conservador del Museo Nacional y la partida de Brantz Mayer de nuestro país.

A partir de lo expuesto, sólo resta esperar que futuras excavaciones en el Zócalo permitan dar con una escultura que más pareciera el espectro evanescente de un cuento de misterio que una realidad tangible... 

Agradecimientos: Luis Barba, Roberto García Moll, Jacques Galinier, Miguel Ángel Gasca, H.B. Nicholson (†), José Ramírez y Jaime Urrutia.

- Eduardo Matos Moctezuma. Maestro en ciencias antropológicas por la Escuela Nacional de Antropología e Historia y la UNAM. Profesor-investigador emérito del INAH.
- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris x-Nanterre. Profesor-investigador del INAH.

ALVAREZ, Manuel, *La Plaza de la Constitución: memoria histórica, artística y proyecto de reformas*, J. Ballezá, México, 1916.

AUBIN, Joseph Marius Alexis, *Memorias sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos*, UNAM, México, 2002.

BANCROFT, Hubert Howe, *The Native Races*, vol. IV, *Antiquities*, A.L. Bancroft and Co., San Francisco, 1883.

BOBAN, Eugène, *Documents pour servir à l'histoire du Mexique*, 2 vols. y atlas, Ernest Leroux, Paris, 1891.

BOTURINI BENADUCCI, Lorenzo, *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*, Juan de Zuñiga, Madrid, 1746.

CASO, Alfonso, "En la Plaza de la Constitución está enterrado un monolito azteca", *El Nacional*, edición dominical, 28 de mayo de 1939, p. 1.

———, "La 'legendaria Piedra Pintada', regio monumento prehispánico puede ser rescatado ahora, al abrirse ruta del 'metro'", *Nuestra Gente*, núm. 33, 1 de marzo de 1969, pp. 30-37.

CASTILLO GARCÍA, Luis del, y Jaime Urrutia Fucugauchi, "Microgeofísica en arqueología e ingeniería civil", *Boletín de la Asociación Mexicana de Geofísicos de Exploración*, vol. XV, núm. 1, enero-marzo de 1974, pp. 1-46.

CHAVERO, Alfredo, "Apéndice", en Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*, t. II, Ignacio Escalante, México, 1880, pp. 1-172.

———, *Calendario Azteca: ensayo arqueológico*, Jens y Zapiain, México, 1876.

———, "Historia antigua y de la conquista", *México a través de los siglos*, vols. I, V, Riva Palacio (dir.), Espasa y Cía., Barcelona, 1888.

———, "La Piedra del Sol: estudio arqueológico (Continúa.)", X-XV", *Anales del Museo Nacional de México*, t. II, 1882, pp. 233-266.

GARCÍA MOLL, Roberto, "La Piedra Pintada", mecanografiado en el Archivo Técnico del Consejo de Arqueología, INAH, México, 13 de marzo de 1881.

GLASS, John B., "A Census of Native Middle American Pictorial Manuscripts", *Handbook of Middle American Indians*, R. Wauchope (ed.), University of Texas Press, Austin, 1975, vol. 14, pp. 81-252.

- _____, *Catálogo de la colección de códices*, INAH, México, 1964.
- LEHMANN, Walter, “Las cinco mujeres del oeste muertas en el parto y los cinco dioses del sur en la mitología mexicana”, *Traducciones mesoamericanistas*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966 [1905], pp. 147-190.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, y Leonardo López Luján, “La historia póstuma de la Piedra de Tizoc”, *Arqueología Mexicana*, núm. 102, 2010, pp. 60-69.
- MARROQUI, José María, *La ciudad de México*, 3 vols., La Europea, México, 1903.
- MATEOS HIGUERA, Salvador, “Herencia arqueológica de México-Tenochtitlan”, *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México (Antología)*, E. Matos (coord.), INAH, México, 1979, pp. 205-274.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo (coord.), *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México (Antología)*, INAH, México, 1979.
- _____, y Leonardo López Luján, *Escultura monumental mexicana*, FCE/Fundación Conmemoraciones 2010, México, 2012.
- MAYER, Brantz, *México as it was and as it is*, J. Winchester, Nueva York, 1844.
- MENDOZA, Gumesindo y Jesús Sánchez, “Catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México”, *Anales del Museo Nacional de México*, 1882, t. II, pp. 445-486.
- NICHOLSON, H.B., “Polychrome on Aztec Sculpture”, *Painted Architecture and Polychrome Monumental Sculpture in Mesoamerica*, E.H. Boone (ed.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C., 1985, pp. 145-171.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 vols. y atlas, Gonzalo A. Esteva, México, 1880.
- PENAFIEL, Antonio, *Destrucción del Templo Mayor de México Antiguo y los monumentos encontrados en la ciudad, en las escavaciones de 1897 y 1902*, Secretaría de Fomento, México, 1910.
- PRESCOTT, Guillermo H., *Historia de la conquista de Méjico*, 2 vols., V.G. Torres, México, 1844.